

en busca de un fin del cual no conocen sino el nombre.

Una breve observacion es bien hacer sin embargo aquí. El escritor francés citado arriba y algunos otros con él se limitan simplemente á negar que la elocuencia sea arte. Si esto fuera así, no tendríamos nosotros ciertamente razon para incluirla entre las bellas artes. Pero entonces, ¿qué es la elocuencia? Una facultad, dicen; como si la facultad de hacer alguna cosa bajo la direccion de la razon para conseguir algun fin, no fuese propiamente arte, tomada esta palabra en su sentido subjetivo (89). «La elocuencia no es arte, porque», así discurre Lefranc, «porque el arte no consiste en otra cosa que en la imitacion» (1). Es evidente que este autor tenia ante los ojos, al decir esto, el principio de Batteux, que el arte debe consistir en la imitacion de la bella naturaleza. Ya vimos en su lugar lo que vale este principio. Pero aun en la suposicion de que fuese verdadero, no dejaria de ser sin embargo la argumentacion de Lefranc un mal paso dado con harta ligereza. Al mismo Batteux no se le ocurrió que su principio pudiera componerse con la idea de Lefranc; de otro modo en su «Introduccion á las bellas letras» no hubiera puesto á la elocuencia al lado de la

(1) L'eloquence n'est point un art, plus qu'un art n'est jamais qu'une imitation. Rethorique, p. 1.

pintura, y de la poesia y dramática, ni le hubiera consagrado exclusivamente mas de la mitad de la tercera parte de su obra.

II. ARQUITECTURA CATÓLICA.

147. No á toda especie de arquitectura le damos lugar entre las bellas artes, sino únicamente á la católica, como dice el epigrafe. La Iglesia de Dios, como sociedad visible que es, en cuyo seno el «Santo de Israel habita y es glorificado», segun dice el Profeta, ha menester edificios destinados á dos fines. Porque lo primero es necesario disponer una morada digna del Dios de los ejércitos, que dia y noche permanece entre sus fieles en el Santísimo Sacramento; y lo segundo, debe haber espacio proporcionado donde se reunan los fieles para asistir al santo sacrificio, para recibir los santos sacramentos, para oír la palabra de Dios, y para los otros ejercicios espirituales del divino servicio. El lugar consagrado á este doble fin, aun cuando sea el oscuro recinto de las catacumbas, y consista en una bóveda subterránea, representa siempre aquella casa de la cual dijo el Señor al despedirse de sus discípulos y consolarlos con motivo de su partida: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas.» Por esto en el aniversario de la dedicacion de la Iglesia empieza la santa misa por las palabras que tantos

siglos há pronunció el patriarca Jacob, cuando despertando del sueño en que vió el cielo abierto sobre él, dijo: «¡Cuán terrible es este lugar! Verdaderamente esta es la casa de Dios; y la puerta del cielo» (1); por esto al concluirse la misa el sacerdote se dirige al Señor «que con piedras vivas y escogidas prepara una morada eterna á su excelsa Magestad» (2); por esto el Obispo al poner la primera piedra de alguna nueva Iglesia invita á los que allí están presentes á invocar el nombre del Todopoderoso «en cuya casa hay muchas moradas» (3), y acto continuo hace oracion á aquel Señor «que en el lugar donde juntos hacen los santos su habitacion, erije á su Magestad una morada eterna» (4). En la dedicacion de la Iglesia se repite la misma oracion y la misma invitacion. Pero al ser llevadas las reliquias en procesion solemne á la nueva iglesia que se consagra, se canta la antífona: «Ea, santos del Señor, llegaos y entrad en la ciudad del Señor» (5). Viene despues la antífona: «Piedras

(1) Intr. Miss. in Anniv. Dedic. Eccl. cfr. Ant. ad Magn. in 2. vesp.

(2) «Deus qui de vivis et electis lapidibus aeternum majestati tuae praeparas habitaculum. . . .» Post comm. in Anniv. Dedic. Eccl.

(3) «Omnipotentem Deum, fratres carissimi, in cujus domo multae sunt mansiones, supplices deprecemur. . . .» Pont. rom. de bened. et impos. primar. lapid. pro Eccl. aedit.

(4) «Deus, qui ex omnium cohabitatione Sanctorum aeternum majestati quae condis habitaculum. . . .» Pont. Rom. 1. c.

(5) Ambulate Sancti Dei, ingredimini in civitatem Domini.» Pont. Rom. de Eccles. Dedic.

preciosas son, ó Jerusalem, todos tus muros; con piedras preciosas son edificadas tus torres» (1); y poco despues un responsorio: «Esta es Jerusalem, aquella espaciosa ciudad del cielo, adornada como esposa del cordero;... sus puertas no se cierran de dia, y la noche no reina en ella» (2); y otro responsorio que dice: «Tus grandes calles y plazas se hallan extendidas en purísimo oro, aleluya, y un cantar de alegría será entonado en tí, aleluya..... Resplandeces con luz brillante, y todos los extremos de la tierra te adorarán» (3). El mismo idéntico pensamiento se halla en la epístola (4) que se lee el dia de la dedicacion de la iglesia y en el aniversario de la misma; y tambien se halla en aquel himno de sin igual belleza (5):

Coelestis Urbs Jerusalem,
Beata pacis visio,
Quae celsa de viventibus
Saxis ad astra tolleris:
Sponsaeque ritu cingeris
Mille angelorum millibus.

(1) «Lapides pretiosi omnes muri tui, et turres Jerusalem gemmis aedificabuntur.» Pont. Rom. 1. c.

(2) «Haec est Jerusalem civitas illa magna coelestis, ornata tanquam sponsa Agni. . . . Portae ejus non claudentur per diem, nox enim non erit in ea.» Pont. Rom. 1. c. V. el Apocal. 21, 2. 25.

(3) «Platae tuae Jerusalem sternentur auro mundo, alleluya..... Luce splendida fulgebis, et omnes fines terrae adorabunt te.» Pont. Rom. 1. c. Apocal. 21, 18, 23.

(4) Apoc. 21, 2-5.

(5) Brev. Rom. in Dedic. Eccl. ad Vesp.

O sorte nupta prospera,
Dotata Patris gloria,
Respersa Sponsi gratia,
Regina formosissima,
Christo jugata principi,
Coeli corusca civitas.

Hic margaritis emicant,
Patentque cunctis ostia:
Virtute namque praevia
Mortalis illuc ducitur,
Amore Christi percitus
Tormenta quisquis sustinet.

Scalpri salubris ictibus,
Et tunsione plurima,
Fabri polita malleo
Hanc saxa molem construunt.
Aptisque juncta nexibus
Locantur in fastigio.

donde se echa de ver lo que significa á los ojos de la fé el lugar en que la Iglesia de Dios celebra sus sublimes misterios: es la morada de los elegidos, la mansion de los bienaventurados (1).

(1) Siquidem Ecclesia materialis, in qua populus ad laudandum Deum convenit, Sanctam significat Ecclesiam, quae in coelis civis ex lapidibus construitur. Durand. Ration. Divin. officior. l. 1. c. 1. n. 9.

Este profundo sentido del templo cristiano lo ha llegado á sentir por lo ménos Schiller: «A las puertas de la morada de los ángeles habita el mendigo en medio de unas grandezas desconocidas por nosotros en las regiones del Norte, pues tiene ante sus ojos á Roma, la ciudad eternamente única! Rodéale el resplandor de la belleza, y un segundo cielo se levanta á su vista hasta los cielos en la maravillosa iglesia de San Pedro.» (A los amigos).

Esta se ofreció al profeta de Patmos como «el templo de Dios y el arca de su testamento en su templo y el altar de oro ante el cual se puso un ángel con un incensario de oro ofreciendo muchos perfumes, compuestos de las oraciones de todos los santos, y en medio del sόlio estaba un cordero como inmolado» (1). Las almas «que amaban la hermosura de la casa de Dios y el lugar en donde habita su gloria;» cuyo corazon estaba vivamente penetrado de la magestad sublime del sacrificio de la nueva alianza, de la grandeza y profundo sentido de las ceremonias, por fuerza habian de sentir generoso anhelo por dar á dicho lugar, que no es cosa de la tierra, aquel externo aparato que corresponde, cuanto es posible, con su altísimo destino, y construir y disponer los templos de modo que su forma y el golpe de vista que ofrecen, sea la expresion del pensamiento que asocia la fé indisolublemente á su representacion. ¿Por ventura el mismo Fundador del Cristianismo no ligó los efectos sobrenaturales que habian de cumplirse en los templos consagrados á él, con objetos corpóreos y visibles que recuerdan á los fieles los invisibles bienes?

148. La belleza espiritual á que debe la arquitectura católica sus preciados laureles, quedó pues sólidamente asentada; el cristianismo

(1) Apoc. 11. 19. 8. 3. 5. 6.

la dió á luz. Pero ¿cuál fué el principio ó hecho procedente de nuestras percepciones inmediatas en que habia de manifestarse esa belleza? También tenemos que recurrir en este punto á la fé, la cual se encarga de mostrárnoslo. Ciertamente, la fé enseñó al artista cristiano á concebir en la tierra una casa visible conforme á la idea de la casa celestial, imitando un plan único, siguiendo á un solo idéntico maestro y pretendiendo el mismo fin. «Al cual (al Señor)» decia el Apóstol enseñando á los fieles, «al cual arrimándoos como á piedra viva que es desechada sí de los hombres, pero escogida de Dios y apreciada por la principal del edificio: sois también vosotros á manera de piedras vivas edificadas encima de él, siendo como una casa espiritual» (1). «Te escribo esto,» decia el Apóstol á Timoteo, «con la esperanza de que pronto iré á verte: y si tardare, para que sepas cómo debes portarte en la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo, columna y apoyo de la verdad» (2). Y ¡cuántas veces no lo inculcó en el corazón de los fieles diciéndoles que como sociedad de Cristo son «templo de Dios, en donde mora el Espíritu Santo» (3), «la casa de Dios» (4), «edificados sobre el fundamento de los Apóstoles, y Profe-

(1) I. Petr. 2, 4, 5.

(2) I. Tim. 3. 15.

(3) I. Cor. 2. 16. 3. Cor. 6. 16.

(4) Hebr. 3. 6. 10, 21.

tas, y unidos en Jesu-Christo, el cual es la principal piedra angular de la nueva Jerusalem» (1). La Iglesia visible de Cristo,

«Que en todos los ámbitos del mundo sin conocer límite alguno, y en todos los tiempos y para todos los hijos de los hombres, como católica y universal que es, levanta sus pórticos formando grandiosas bóvedas sobre las columnas de los Apóstoles, las cuales descansan firmemente en la piedra principal de Pedro» (2),

la Iglesia de Cristo, decimos, es, según la enseñanza cristiana, el principio que sirve de medio representativo del templo eterno de Dios. Porque es de notar que la Iglesia militante en la tierra tiene, como hemos dicho, el mismo adorno que la Iglesia triunfante en el cielo, esposa coronada del Salvador. Solo en el hábito exterior se diferencia la ciudad de Dios en este mundo de la Jerusalem celestial; pero la esencia de ambas ciudades es esencialmente la misma: las dos forman una sola familia, un solo templo de Dios vivo por medio del sacrificio de aquel que «ha roto el muro de separación, y de dos ha hecho uno» (3).

Alto ex Olympi vertice
Summi Parentis Filius,

(1) Eph. 2. 19-22.

(2) Retwic «Tomás Moro»

(3) Eph. 2. 14.

Ceu monte desectus lapis (1)
Terras in imas decedens,
Domus supernae et infimae
Utrumque junxit angulum (2).

149. Hacer en cierto modo visible la obra maestra de la sabiduría, del poder y del amor de Dios sobre la tierra, la obra que contiene en toda su plenitud todas cuantas bellezas cobija el firmamento, excluyendo al mismo tiempo de su espacioso ámbito, donde «hay muchas mansiones,» toda habitacion terrena; hacer visible, decimos, esta obra á los ojos de la fé por medio de una imagen sensible, y esto en fábricas destinadas al mismo tiempo á otro fin, es decir, á ser el lugar donde se reunen los miembros de la sociedad cristiana: he aquí lo que se propuso como término de sus esfuerzos la arquitectura católica. Es pues evidente que para llevar adelante y coronar felizmente tanta empresa, tenia necesidad este arte de abarcar plenamente el concepto íntegro de la Iglesia de Cristo, y de crear una imagen de ella en la obra material que habia de simbolizarla (3); tenia que pensar

(1) Dan. 2. 34.

(2) Brev. Rom. in Dedic. Eccl. ad Laud. (Es la continuacion del himno antes citado.)

(3) Ecclesiarum alia est corporalis, in qua videlicet divina officia celebrantur; alia spiritualis, quae est fidelium collectio. . . . Ecclesia autem materialis spirituales designat. Durand. Rat. div. officior. I. c. I. n. 1. 2.

en dar al templo de piedra no solamente las partes que exige su destino práctico, sino tambien una traza que representara á los ánimos de los fieles con la perfeccion y fidelidad posibles en signos simbólicos é imágenes alegóricas, en números y proporciones bien concertados, la esencia, el espíritu, el plan de la Iglesia que milita sobre la tierra. Tal fué el blanco en que puso los ojos la arquitectura cristiana desde el momento en que le fué dado salir de la oscuridad de las catacumbas. Ahora, sabido es de todos los que pueden apreciar justamente las obras arquitectónicas de la Edad Media y el espíritu que parece animarlas, que ningun otro periodo ha sido tan feliz como ella en esta empresa, que ninguna otra escuela artística ha hecho cosas tan grandiosas como el estilo que llamamos germánico (gótico) (1).

150. «La cruz y la rosa,» dice Federico de

(1) «En los pueblos de Norte el arte, y por consiguiente la arquitectura, procede exclusivamente del cristianismo; no habia en ellos ni sentimientos tradicionales que expresar, ni antiguos recuerdos que mantener vivos en su memoria, sino solo habia lo que la misma fé santísima hizo germinar. De aquellas regiones vino el estilo llamado comunmente, aunque con gran injusticia, gótico, designado por un escritor francés contemporáneo con una bella y excelente expresion, á saber, que dicho estilo es el *pensamiento arquitectónico del Cristianismo*. . . . En Italia por el contrario, y particularmente en Roma, no fué así. El tipo del arte de aquella tierra se habia formado cuando el cristianismo comenzó á triunfar, y no podia desaparecer fácilmente ni sin motivo. No fué pues efecto del cristianismo el desenvolvimiento del arte en Italia y por esto no llegó esta á asimilarse aquel nuevo y sublime estilo.» Wiseman, discursos sobre la liturgia de la Semana Santa en Roma.

Schlegel (1) «son las formas fundamentales y los principales signos de este riquísimo misterioso estilo (germánico).» La cruz es el signo característico del Salvador del mundo. Así, al paso que la figura de la cruz estaba diciendo la que habia de tener la casa de Dios, esta casa santa celebraba la gloria de la piedra angular escogida de Dios, sobre la cual está construida la morada viviente del Todopoderoso, y daba á conocer gloriosamente el espíritu de la Iglesia publicando la ley primaria de su vida, el principio de su fé, el sello de su esperanza y la prenda de su amor por un modo tan claro é indudable como las melodias que usa la misma Iglesia cuando en las dos fiestas que anualmente dedica á celebrar la cruz, y en dos dias de la Semana Mayor canta en el introito de la misa pronunciando las palabras de S. Pablo: «Nosotros no queremos gloriarnos sino en la cruz de N. S. Jesucristo, en quien está nuestra salud y resurreccion, la libertad y vida de nuestras almas» (2).

(1) Historia de la literatura antigua y de la moderna. lec. 8.

(2) Intr. Miss. Mai. 14. Sep. tér. 3 y 5. hebdom. mai. V ad Gal. 6. 14. —Es cierto un error el disputar con M. Durchs (Estética de las artes cristianas que usan de figuras. v. Hojas histórico-políticas, vol. 34. pág. 842) á la forma del templo cristiano su carácter esencialmente y ante todo simbólico, ó reputarla con Schnaase (Historia de las artes que se valen de figuras, vol. 4, parte 1, cap. 5) «como cosa muy subordinada» explicándola en cambio «por la costumbre recibida, por consideraciones prácticas y estéticas.»

Pero ¿cómo se explica que al lado de la cruz figure la rosa como forma y símbolo fundamental? Así como en la noche de los primitivos tiempos, en la historia de la caída y perdición del hombre se ofrecen como de bulto dos figuras indisolublemente unidas, aunque una de ellas, el hombre, habria sido suficiente para causarla; así como la historia del pueblo de Dios en la antigua ley principia en dos personas, aunque solo Abraham cumplió el acto heroico de fé por el cual recibió las divinas promesas y fué constituido «Padre de los creyentes»; así tambien la religion de la ley nueva nos presenta en la cumbre de la Iglesia cristiana dos figuras sublímimas, una de las cuales con su propia virtud divina obró cumplidamente la restauracion de la ley cristiana, y dió á la otra parte en tan grande obra comunicándole fuerza y virtud para combatir y triunfar en la corredencion del linaje humano, por cuya salud hizo esta mucho más que lo que habia hecho Eva para su ruina. Así, aunque el venir los hombres de Adán es la razon de su desgracia, pero «en Eva tuvo su primer origen la culpa y por causa de ella morimos todos los dias.» Ciertó á la progénie de

Hanc basilicam *in honorem sanctae et victoriosissimae crucis*. . . . institutam,—hanc Ecclesiam quam. . . . *in honorem S. crucis*, et memoriam sancti tui N. consecramus.—Estas y otras fórmulas se hallan muy repetidas en el Pontifical romano (de Eccles. Dedicat.)